

Los intelectuales y el espacio público

Diálogo con Roberto Follari

María Belén Albornoz

Profesora-investigadora de FLACSO-Ecuador.

Fecha de recepción: marzo 2009

Fecha de aceptación y versión final: marzo 2009



A la izquierda, Roberto Follari en la presentación de su libro *La Selva Académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*.

Roberto Follari es Doctor en Psicología, actualmente profesor titular de Epistemología de las Ciencias Sociales y director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional del Cuyo. Ganador del Premio Nacional sobre Derechos Humanos y Universidad, otorgado por el Servicio Universitario Mundial. Ha sido asesor de la OEA, UNICEF y CONEAU (Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria). También se ha desempeñado como director de la Maestría en Docencia Universitaria de la Universidad de la Patagonia. Es miembro del Comité Académico de diversos posgrados. Ha sido componente de las comisiones evaluadoras de CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Argentina).

Tu libro *La Selva Académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad* tiene como propósito liberar parte de lo no-dicho de la cotidianidad de los académicos en las universidades actuales. ¿Cuáles son las prácticas y los discursos que se silencian en el interior de la academia?

Se silencian por sobre todo los propios intereses. La imagen pública del intelectual está ligada al ejercicio de la búsqueda de la verdad de una manera supuestamente desinteresada o en todo caso, a la defensa de intereses que sostienen el bien de la humanidad, que van más allá de los intereses sectoriales o los intereses personales. Entonces, tales intereses personales que están presentes necesariamente en cualquier conducta social, allí se disimulan; aunque en realidad pueden estar presentes bastante más que en otros ámbitos sociales. La universidad tiene algo de invisibilidad, de escurrirse del espacio público, lo cual hace que comportamientos bastante aviesos puedan pasar desapercibidos.

¿Cómo propones establecer una teoría sistemática sobre la auto-representación de los intelectuales a partir de tus dos premisas: el platonismo intrínseco y la doble ideología?

Tú haces alusión a estas dos grandes categorías, que son las principales que planteo desde el punto de vista explicativo. Lo platónico, en el sentido de comprensión de nuestra práctica; los intelectuales tomamos el mundo simbólico

como si éste estuviera desgajado del espacio material. Nosotros no producimos desde la materialidad primaria, pues la materialidad simbólica es de otro orden; quiero decir, trabajar con la materialidad ligada a la producción directa, no es lo que nosotros hacemos. De modo tal que inevitablemente vivimos el mundo de las significaciones como si fuera independiente del mundo de la materialidad. Esto nos vuelve inevitablemente idealistas –de manera automática–, es decir, nos vuelve platónicos. En ese sentido, es que en relación a los intelectuales de izquierda, y por qué no, también a los intelectuales de derecha, se suele, por ejemplo, hablar de la institucionalidad ideal (que no existe en el mejor de los mundos, pero que pretenden aplicarla a casos como Ecuador o Argentina de manera automática como si estuviéramos en Suecia). Por cierto, muchos intelectuales de izquierda pretenden hallar en la realidad una izquierda perfecta, un socialismo salido de los libros de Marx, que los lleva a nunca estar conformes con lo que se requiere y que efectivamente sucede en la realidad, por lo cual finalmente su actitud política es idealizante y puramente intelectual. Por ello, su influencia suele ser inexistente desde el punto de vista político, cuando no los lleva a ser furgón de cola de la derecha; es el caso, de una parte importante de los universitarios de Venezuela que se han asumido en un definido antichavismo que carece de fuerza, esto para no ser absorbido por la fuerza pro-empresarial mayoritaria antichavista dentro de la oposición.

Sostienes que el predominio de la imagen sobre el pensamiento, el gusto por lo episódico y fragmentario ha ido desplazando al intelectual del espacio mediático. Sin embargo, tú vinculas esta retirada del intelectual a una renuncia a su rol de constructor de hegemonías alternativas.

Sí, creo que hay una mezcla de ambos factores. Fíjate que nuestra fascinación por la imagen

está produciendo efectos de sentido que son lamentables. En estos días en Argentina la demanda por seguridad pública contra la delincuencia y la violencia, que es una demanda razonable, se expresa en los términos más burdos; por ejemplo, en la consigna: “Hay que matarlos a todos”. Se expresa en términos de mano dura, de pena de muerte. Y esto está siendo capitaneado por personas del espacio mediático como Susana Giménez, una *vedette* con una pasmosa desinformación e ignorancia. Se ha perdido el sentido del ridículo, y así esta persona es líder de opinión de un país que tuvo una importante cultura letrada como es Argentina. Entonces, sí hay un desplazamiento del anterior peso de los intelectuales por el mundo mediático; pero también, hay de parte de los intelectuales una incapacidad para responder al reto. No hay decisión ni compromiso para intentar presentar alguna batalla en los medios, para enfrentar sus sentidos comunes mayoritariamente conservadores, esa densa vulgata que algunos periodistas y otros personajes mediáticos presentan.

En este distanciamiento del intelectual con la sociedad, ¿cómo explicas su débil intervención en el espacio público desde las nociones de *campo* y de *habitus* bourdieanos?

Bourdieu lo explica muy bien, como una de las “maniobras” en el campo académico, a través de la cual algunos intelectuales de poca monta utilizan los medios para intentar saltarse los lugares de ascenso establecidos en el campo, usando un procedimiento ajeno a los mecanismos propios de lo académico. Por cierto, Bourdieu propone claramente una oposición frontal entre el mundo de los medios y el mundo de los intelectuales, la cual creo es demasiado fuerte. Es cierto que la consagración intelectual no cabe que se realice gracias a la participación en los medios. La consagración se hace dentro de la comunidad científica a través de las publicaciones, de la investigación, de las intervenciones, de las actividades docen-

tes, con calidad en los cursos de postgrado; pero también es cierto, que actualmente la discusión pública se realiza también por vía mediática, en ese espacio donde los intelectuales no han tenido nunca buena llegada. Hoy en día esos medios no son lo que eran hace treinta años, cuando eran pocos; ahora hay muchos medios, hay radios FM, hay todo un universo de *targets* segmentados, de televisión comercial y estatal. Pero para apropiarse desde lo intelectual del lenguaje mediático, hay que tener un genuino interés en la lucha político-ideológica; no priorizar la propia carrera profesional, que para nada se implica en lo ideológico o que peor, utiliza lo ideológico como mascarada para legitimarse.

Criticas la neutralidad del intelectual como una postura que evade afrontar los conflictos de la realidad en nombre de la ciencia y la razón y por tanto, es carente de compromiso y está distanciada de la política práctica.

Así es. Por supuesto que las nociones clásicas de la neutralidad valorativa de la ciencia no son aplicables al conocimiento sistemático, mucho menos en el caso de las ciencias sociales, donde constitutivamente tomar partido por una teoría es ya tomar partido por una ideología: nadie podría ser funcionalista si es una persona de izquierda, nadie podría apelar a Foucault si es una persona de derecha (por lo menos, no de una manera genuina). Pero es claro que puede sostenerse tal neutralidad de un modo perverso. Dado que la ciencia social es intrínsecamente valorativa, es necesario que se asuma explícitamente cuáles son los valores y la dirección que nutren la toma de posición teórica. Mucho más, si se tiene en cuenta que ninguna ideología es más efectiva que aquella que no se explicita como tal, esto es, una ideología que está disimulada; que dice “las cosas son así”, una ideología que se niega a sí misma; pues desde ella se asume que la realidad es exactamente como esa ideología la describe. Una ideología disimulada porque no se pre-



senta como tal, sino como una simple lectura “natural” de la realidad, es hipócrita, pero puede ser muy efectiva.

Los intelectuales y la política. Cuéntenos un poco sobre estas relaciones peligrosas.

Obviamente que no son fáciles, ni tienen por qué serlo para el intelectual. Yo asumo lo que dice Max Weber acerca de las muy diferentes características personales que hay que poseer para tener éxito en la política, y para tenerlo en la academia. Diría que poseer ambas a la vez es un privilegio que debe ser extremadamente raro y excepcional, además de que hay que dedicarse mucho a cada una de ellas para ser exitoso. De modo que aun cuando uno tenga la posibilidad de estar en ambas –lo cual es muy poco común– no es fácil hacerlo. Ahora, dicho esto, uno no le pide al intelectual que deje de serlo para convertirse en un político, sino que propone un intelectual que sea capaz de intervenir en el debate sobre temas socialmente relevantes. Por supuesto que un intelectual también puede –cómo no, hay algunos casos– intervenir directamente en política. Pero lo que yo estoy pidiendo es menos que eso: se trata de intervenir en el debate público, debate que hoy se da predominantemente en el espacio mediático, pero también por vías más tradicionales que aún se practican y son necesarias. Se trata de hacerse cargo del debate público y no de regirse por la importancia que las intervenciones tengan respecto a

la acumulación de prestigio dentro del campo intelectual únicamente. Desde el punto de vista de los avances dentro del campo académico, se puede llegar a tener relevancia como investigador/a con total inobservancia de la intervención en la discusión social y política.

En este sentido, ¿quiénes son para ti, entonces, los intelectuales comprometidos?

Primero, tiene que ser un intelectual que conozca las reglas de la política, tiene que haber tenido en algún momento de su vida una participación política relevante. O por lo menos, conocer las leyes de lo político; no hablo desde la mirada jurídica, sino del conocimiento de las reglas de juego inmanentes de lo político. Alguien que tenga la capacidad para entender mejor lo que sucede en ese ámbito, pues la mirada intelectual al respecto suele unir desprecio ético con notoria incompreensión de que lo político no es reductible (sólo) a esos términos éticos.

¿Si los intelectuales han perdido su relación con lo político al crear mecanismos opacos sobre sí mismos, cómo planteas que la academia renuncie al espacio “seguro” que ha construido en torno a sí y recupere su rol crítico?

El espacio de la universidad es poco conocido por la sociedad, de modo que permite “esconder” los propios mecanismos de auto-legitimación (a menudo muy poco confesables) con facilidad. Cuando digo “propios” digo personales, individuales, a menudo mezquinos. Aunque también es cierto que lograr relevancia social implica mayores riesgos que la vida muelle de la academia, pero también logros más sustantivos y reconocimientos más contundentes. Es satisfactorio advertir que la palabra propia puede alumbrar programas sociales, puede ser citada en la discordia política, puede venir a cuento de los disímiles actores sociales. De tal manera que la “salida hacia lo social” tiene también un aspecto atractivo para los

intelectuales: puede hacer menos monocrorde, a la vez que más fecundo, el trabajo de los científicos sociales.

Mirar desde dentro las universidades, desenmarañar los mecanismos de “selva” que han tejido de manera tupida en estos últimos años, ¿qué propósito cumple este ejercicio de autocrítica? ¿Quiénes son los interlocutores de esta auto-reflexión?

Sin duda que hacer explícito lo siempre acallado, hace posible que pase a formar parte del discurso público. Todo lo que se rumorea en pasillos como chisme, podría comenzar a ser formalizado como análisis de mecanismos de auto-sostén en la academia, como moldes indeseados, como estereotipos a rechazar que pueden ser dichos en voz alta y denunciados sin que ello aparezca como pura cuestión de conflictos interpersonales. Es –salvando las distancias– lo que Bourdieu realizó con su teoría sobre los campos intelectuales: no se trata de que los mecanismos de que se habla vayan a desaparecer (ello sería como pedir a las instituciones y los sujetos una subversión de sí mismos que es obviamente imposible), sino de poner a esos procesos bajo examen sistemático, de modo que dejen de operar en la pura repetición y automatismo. Como se ve, hay en ello algo de lo que se juega en la terapia psicoanalítica: hay que poner palabra a lo inconsciente.

Bibliografía de Roberto Follari

- 2008, *La educación en la encrucijada*, Homo Sapiens, Rosario
- 2008, *La selva académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*, Homo Sapiens, Rosario.
- 2007, “La falacia de la democracia parlamentaria como modelo irrebasable”, en H. Biagini y A. Roig, compiladores, *América Latina hacia su segunda independencia*, Gobiernos de Buenos Aires, Buenos Aires.

- 2008, "Los neopopulismos latinoamericanos como reivindicación de la política", en *Cuadernos Americanos*, N° 126, UNAM, México.
- 2004, *La proliferación de los signos*, Homo Sapiens, Rosario.
- 2002, *Teorías débiles*, Homo Sapiens, Rosario.
- 2000, *Epistemología y sociedad*, Homo Sapiens, Rosario.
- 1998, *Esquemas sobre posmodernidad en América Latina*, Ed. Sentido, Caracas.
- 1998, *Los Obispos de EEUU contra Reagan*, Universidad Nacional de San Luis, Buenos Aires.
- 1997, *Psicoanálisis y sociedad: crítica del dispositivo pedagógico*, Lugar, Buenos Aires.
- 1996, *¿Ocaso de la escuela?*, Magisterio, Buenos Aires.
- 1995, *Territorios posmodernos*, FCPyS-Universidad Nacional del Cuyo, Mendoza.
- 1992, *Práctica educativa y rol docente*, Aique-Reu-IDEAS, Buenos Aires.
- 1992, *Posmodernidad, filosofía y crisis política*, Aique-Reu-IDEAS, Buenos Aires.
- 1990, *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde A. Latina*, Aique-Reu-IDEAS, Buenos Aires.
- Follari, Roberto y otros, 1989, *Trabajo en comunidad: análisis y perspectivas*, Humanitas, Buenos Aires.
- Ander-Egg, Ezequiel y Follari, Roberto, 1989, *Trabajo social e interdisciplinariedad*, Humanitas, Buenos Aires.
- Follari, Roberto y E. Soms, 1988, *El trabajo práctico en la formación profesional*, UAM-Xoch, México.
- Follari, Roberto, 1982, *Interdisciplinariedad. Los avatares de la ideología*, UAM, México.